

16. “Quédate con nosotros, que la noche está cayendo” (Lucas 24:29): Llamada a la hospitalidad radical como respuesta al drama que viven los migrantes

+Evelio Menjívar-Ayala

En su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018, el papa Francisco nos proporcionó un marco claro y desafiante para responder al drama migratorio actual a través de cuatro verbos: “acoger, proteger, promover, e integrar.”¹ Estos verbos de acción nos retan a practicar la hospitalidad y la solidaridad de tal forma que transformen la ardua senda y la noche oscura de los migrantes en una experiencia de vida, esperanza, y resurrección; no solo para los migrantes, sino también para la iglesia y la sociedad solidaria y hospitalaria.

La doctora Emilce Cuda, secretario para la Pontificia Comisión para América Latina (PCAL), decía hace unos días, durante un encuentro que se llevó a cabo en Roma en el marco del Jubileo de los Migrantes: “La teología latinoamericana tiene como punto de partida la realidad. Lo que se escribe se construye por lo que se vive y escucha.”² Luego añadió: “Yo no opté por los pobres, simplemente tuve que tomar conciencia de que soy uno de ellos.” La reflexión que hoy presento tiene como punto de partida mi propia experiencia como migrante y como pastor que camina con el pueblo migrante en Estados Unidos: yo tampoco opté por los migrantes, solo tuve que tomar conciencia de que soy uno de ellos.

La única vez que había estado aquí, en la ciudad de Tijuana, Baja California, fue en 1989, cuando apenas tenía 18 años. En ese entonces, la

¹ Papa Francisco, “Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018,” 15 de agosto de 2018, vatican.va/content/francesco/es/messages/migration/documents/papa-francesco_20170815_world-migrants-day-2018.html.

² Véase en este volumen: Emilce Cuda, “Crear puentes y no muros: El legado de Francisco y la misión de León XIV ante el drama de la migración global,” 206–221.

guerra civil en El Salvador había arreciado y el futuro, para mí como para muchos jóvenes, era incierto. Así que no me quedó otra opción que emprender el camino hacia el norte con la intención de cruzar a los Estados Unidos. Con otras treinta personas cruzamos Guatemala y el sur de México en autobús. En la Ciudad de México, tomamos un avión que nos trajo a Tijuana, donde, al llegar, los agentes de migración mexicana nos detuvieron y nos enviaron a la cárcel llamada “La Ocho.” Estuvimos retenidos varios días, compartiendo la celda con cuatro presos comunes, en condiciones que solo se pueden imaginar. Recuerdo que en aquel lugar una vez pasó un grupo de personas dando comida. Con seguridad creo que eran católicos, pues en aquella bolsa de comida venía un rosario. Ese gesto—un plato de comida y un rosario—fue mi primer encuentro con la iglesia que sale al encuentro de los migrantes. Pasados unos días, nos llevaron a un lugar cerca de la frontera para firmar la deportación. Mientras firmábamos la deportación, podíamos ver la bandera estadounidense ondear al otro lado. Así empezó el triste viaje de regreso a El Salvador. El año siguiente, emprendí de nuevo el camino. Esta vez acompañado de mi hermano menor y dos primos. Éramos un grupo de diecisiete personas. En Chiapas, México, fuimos detenidos por migración y enviados a la cárcel llamada “La Ventosa.” Pasados unos días, fue “negociada” nuestra salida. Después de otras muchas aventuras, cruzamos la frontera en Mexicali, Baja California, y fuimos transportados en el maletero de un coche, en grupos de cuatro, hasta llegar a Los Ángeles, California.

El relato de *los discípulos de Emaús* (Lucas 24:13–35), nos presenta un claro ejemplo del poder transformador del acompañamiento y de la hospitalidad soñada por el papa Francisco. Los discípulos habían caminado entristecidos, con el corazón roto y la esperanza desvanecida mientras se alejaban de Jerusalén, el lugar de su desilusión. En medio de su tristeza, un peregrino—un extraño—se les une, camina con ellos, escucha su dolor, y les explica las escrituras, haciendo que sus corazones vuelvan a arder, como si de repente se encendiera una nueva esperanza. Entre una tierna ilusión y sus tristezas, sus ojos continúan velados. Por una conexión profunda, que aún no comprenden, le suplican: “*Quédate con nosotros, que*

la noche está cayendo” (Lucas 24:29). Palabras que, más que sus ojos, les abrió el corazón, la mente y el camino hacia adelante.

El relato de los peregrinos de Emaús es, en este sentido, profundamente actual. Las palabras de súplica de los caminantes resuenan hoy en las voces, a veces silenciosas, y en los corazones angustiados de millones de migrantes que sienten que la oscuridad se aproxima, que la esperanza se apaga, y que el camino hacia adelante es incierto. Como los discípulos de Emaús, los migrantes caminan con el peso de la pérdida, del miedo y de la tristeza, pero también llevan en su corazón la esperanza de un encuentro que transforme su realidad. El Resucitado se hace presente en ese camino y se deja reconocer en el gesto concreto de la hospitalidad: hacerse compañero de viaje, partir el pan, y compartir la mesa de la amistad con un extraño.

En el Antiguo Testamento encontramos a Abraham practicando la hospitalidad radical cuando sale al encuentro de los tres peregrinos que se acercan a su tienda: los recibe con generosidad, les lava los pies, les prepara comida, les ofrece descanso, sin saber que aquellos forasteros eran ángeles (Génesis 18:1–10). Así lo recordará la Carta a los Hebreos: “No olviden la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles” (Hebreos 13:2). San Benito de Nursia también recogió en su *Regla* el mandato: “*A todos los huéspedes que llegan al monasterio recíbaseles como a Cristo*” (*Regla* 53,1).³

Pero quizás el ejemplo más claro de lo que llamamos hospitalidad radical lo encontramos en la parábola del Juicio Final (Mateo 25:31–46). En este texto, Jesús no solo enseña la importancia de acoger al forastero, sino que se identifica plenamente con él: “era forastero y me hospedaron.” De este modo, la hospitalidad no es un añadido opcional, sino la manifestación más concreta de la caridad cristiana: la caridad no se mide por palabras, sino por gestos concretos de acogida, protección, promoción, e integración hacia aquellos que, como migrantes y refugiados, son imagen viva del Cristo peregrino, tal como lo propuso el papa Francisco.

³ Timothy Fry, ed., *The Rule of St. Benedict in English* (Liturgical Press, 1981), 73. [Traducción personal.]

Sin embargo, para muchos migrantes, especialmente en los últimos años, el camino se ha vuelto cada vez más difícil: es un verdadero calvario.⁴ Hoy, más que nunca, sentimos la oscuridad de la noche que cae sobre los migrantes: la noche del miedo a ser detenido y deportado, la angustia de la separación de la familia, la incertidumbre de vivir en un limbo legal, en las sombras sin saber qué traerá el mañana. Esta situación ha empeorado y se vuelve más lamentable en nuestros días. Pareciera que la actual administración federal de los Estados Unidos ha emprendido una verdadera “guerra” contra los inmigrantes, con operaciones agresivas por parte de agentes enmascarados y sin identificación, cuya legalidad es cuestionable y que va más allá de una simple “aplicación” de las leyes migratorias. Todo esto es una verdadera campaña de terror, tal como lo ha denunciado en múltiples ocasiones el cardenal de Washington DC, Robert McElroy, especialmente en la homilía de la misa por la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado 2025.⁵ Estas acciones alarmantes, que violan derechos humanos fundamentales—como la legítima defensa y la dignidad de las personas—no se están tomando solo contra inmigrantes indocumentados, miembros de pandillas, o individuos que han cometido crímenes violentos (“lo peor de lo peor,” como se decía al inicio de esa campaña). Hoy, esas medidas también se están tomando contra inmigrantes y refugiados—trabajadores productivos—que, en varios casos, gozan de algún tipo de protección o beneficio migratorio.

Esta lamentable y angustiosa situación está afectando a muchas personas y a familias enteras en nuestras comunidades y parroquias. Sin duda, están reviviendo los traumas de experiencias de violencia de las cuales, en muchos casos, los migrantes están buscando escapar. Así lo pude constatar en una reunión que sostuve con un grupo de familiares de inmigrantes detenidos. En aquella ocasión, al escuchar los relatos sobre las

⁴ Evelio Menjívar-Ayala, “Esta prueba es la Pasión,” *El Pregonero*, 16 de abril de 2025, elpreg.org/comunidad/esta-prueba-es-la-pasion.

⁵ Véase Robert McElroy, “Misa por la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado Homilía del Cardenal Robert McElroy,” *The Roman Catholic Archdiocese of Washington*, 28 de septiembre de 2025, adw.org/news/wdmr-homily-mcelroy-esp-25.

capturas de sus familiares y la incertidumbre en que viven, me quedó grabada una frase que casi todos los presentes repitieron: “*y se lo llevaron.*” Estas palabras me hicieron recordar que durante el conflicto armado que vivió El Salvador en la década de los ochenta, la gente decía lo mismo cuando un familiar era capturado y desaparecido por los escuadrones de la muerte o por los guerrilleros: “*se lo llevaron.*” Es decir, se lo llevaron y no sabemos su paradero; se lo llevaron sin darle la oportunidad de comunicarse con su familia. Estas situaciones traen a mi mente aquellas palabras del libro del profeta Isaías, cuando habla del Siervo Sufriente: “Cuando era maltratado, él se sometía, y no habría la boca. . . . Sin defensa ni juicio se lo llevaron, ¿y quién se preocupó de su suerte?” (Isaías 53:7–8).

Ante tanta injusticia, nos vemos obligados a alzar la voz, tal como lo hizo mi compatriota y Arzobispo de San Salvador, san Óscar Arnulfo Romero, quien durante la guerra civil salvadoreña no cesó de apelar a la conciencia de todos.⁶ La iglesia, es decir, nosotros como discípulos de Jesús, tampoco podemos quedarnos como meros espectadores del drama que viven los migrantes. No podemos quedarnos al margen, tal como lo hicieron los sacerdotes y los levitas que pasaban al otro lado de la senda para no acercarse a la víctima que yacía en el camino en la *parábola del Buen Samaritano* (Lucas 10:25–27). Por el contrario, “nuestra primera obligación como Iglesia es abrazar de manera constante, inquebrantable, profética, y compasiva a los inmigrantes que están sufriendo tan profundamente debido a la opresión que enfrentan,” como sostiene el cardenal McElroy.⁷

La Iglesia Católica está llamada a ser ese peregrino divino que se convierte en compañero—en prójimo—que escucha, que acompaña, y que aviva el fuego de la esperanza, tal como lo manifestaban los obispos de México y Estados Unidos en la carta pastoral conjunta *Juntos en el camino*

⁶ Óscar Romero, “La Iglesia, un servicio de liberación personal, comunitaria, trascendente. Quinto Domingo de Cuaresma,” 23 de marzo de 1980, servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800323.htm.

⁷ McElroy, “Misa por la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado Homilía del Cardenal Robert McElroy.”

de la esperanza ya no somos extranjeros publicada en 2003: “Nuestra preocupación como pastores, por la dignidad y los derechos de los migrantes, abarca tanto las respuestas pastorales como los asuntos de política migratoria. La Iglesia Católica en nuestros dos países debe enfrentar el reto de ver en el forastero presente entre nosotros el rostro de Cristo crucificado y resucitado.”⁸

Hoy más que nunca, cuando constatamos un claro retroceso en los temas de acogida, protección, promoción, e integración de los migrantes y refugiados, estas acciones propuestas por el papa Francisco se vuelven aún más relevantes y urgentes. Se convierten en el mapa que debe guiar nuestro trabajo conjunto. Por lo tanto, hoy debemos de preguntarnos como iglesia y como sociedad: ¿Cómo podemos trabajar juntos para que los verbos propuestos por el papa Francisco, “acoger, proteger, promover, e integrar,” se conviertan en programas pastorales concretos de manera que puedan propiciar una presencia fiel al lado de los migrantes, “partir el pan” con ellos (cf. Lucas 24:30), crear lazos de amistad y establecer redes de defensa y de promoción? ¿Cómo impulsar políticas públicas que transformen estructuras y leyes injustas, excluyentes, y discriminatorias, a fin de fomentar una cultura de respeto y protección de la dignidad de los migrantes?

El camino por recorrer todavía es largo y pareciera que la noche apenas está cayendo, pero nunca vamos solos. El Señor Jesús camina con nosotros y nos anima a encender de nuevo la llama de la esperanza y de la fraternidad. Quédate con nosotros, Señor, para que partamos juntos el pan de la justicia y de la solidaridad.

⁸ Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos y Conferencia del Episcopado Mexicano, *Juntos en el camino de la esperanza ya no somos extranjeros—Carta pastoral de los Obispos Católicos de los Estados Unidos y México sobre la migración*, 23 de enero de 2003, usccb.org/es/issues-and-action/human-life-and-dignity/immigration/strangers-no-longer-together-on-the-journey-of-hope.

Evelio Menjívar-Ayala nació en la ciudad de Chalatenango, El Salvador, en 1970. A los 20 años, emigró a los Estados Unidos. Se formó como sacerdote en el Seminario St. John Vianney College en Miami, Florida, donde obtuvo la licenciatura en filosofía. Más tarde, fue enviado al Pontificio Colegio Norteamericano de Roma, para realizar sus estudios teológicos en la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, conocida como el “Angelicum.” Al mismo tiempo, realizó estudios en el Pontificio Instituto Scalabriniano de Teología Pastoral para la Movilidad Humana. Fue ordenado sacerdote para la Arquidiócesis de Washington, DC, en 2004, en donde ha servido como vicario parroquial, párroco y decano, entre otros ministerios. En 2023, el papa Francisco lo nombró Obispo Auxiliar de Washington, DC, siendo el primer obispo salvadoreño del país. El 1 de mayo de 2026, el papa León XIV lo nombró Obispo de Wheeling-Charleston, West Virginia, de la cual tomó posesión el 2 de julio de 2026. Además, es el obispo responsable de los Movimientos Eclesiales Católicos Nacionales y miembro del Comité de Comunicaciones de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB, por sus siglas en inglés). En 2024, Georgetown University le otorgó el título de Doctor Honoris Causa en Letras Humanas. A lo largo de su ministerio, ha apoyado activamente a los trabajadores y continúa promoviendo la justicia social para los inmigrantes.